

¿Cuál es el sentido de la vida para el militante del Instituto E. Mounier?

Más que doctrinas necesitamos testigos que nos posibiliten la vuelta a la alegría de vivir... Necesitamos en esta travesía llevar con nosotros «el arma de los desarmados» (G. Marcel), la esperanza, que ha dado siempre sentido a todas las utopías sociales y ha intentado aliviar las angustias del ser humano.

.....
José Seco Pérez

Catedrático de Filosofía.
 Miembro del Instituto E. Mounier.

La pregunta por el sentido de la vida es una vieja cuestión que la Humanidad nunca ha logrado acallar. Toda persona más tarde o temprano se va a enfrentar con dichas cuestiones; además debe hacerlo, porque es la pregunta más radical que uno puede plantearse. La pregunta por el sentido de la vida sólo puede plantearse desde lo más íntimo de sí mismo y no se puede reprimir por mucho tiempo; cuando vengan horas de cansancio vital, desengaños y soledades angustiosas o a la caída de la tarde, entonces, desde lo más hondo de nosotros mismos, como ave fénix, surgirá la interrogación por las preguntas de siempre: ¿por qué el ser o más bien la nada? (Heidegger), ¿qué va a ser de mí? (Unamuno), ¿qué me cabe esperar? (Kant), etc.

Nadie, pues, puede al menos sustraerse al dilema de reconocer por una parte que la vida tiene sentido o por otra declarar que nuestra vida carece de sentido y que es por consiguiente absurda. Según nos instalemos en una o en otra posición, así podremos dar o no dar un sentido a nuestra vida.

1. Actitudes positivas: la vida tiene sentido

Situándonos en la primera parte del dilema: la vida humana tiene sentido, analicemos primero ¿qué debemos entender por vida humana, por la realidad personal? Si no sabemos lo que somos, ¿cómo vamos a saber a dónde vamos y de dónde venimos?

El hombre actual ha perdido u olvidado el sentido profundo de su vida y su sabor; la vida le es insípida; no nos referimos al goce inmediato del placer instantáneo, el *carpe diem* (Horacio), sino al *gaudium essendi*, a la alegría de vivir, de ser, la vida misma; el hombre actual vive angustiado, metafísicamente agobiado.

En 1930 el teólogo y antropólogo P. Teilhard de Chardin decía que el peligro que puede tener la Humanidad no es una catástrofe que venga de fuera, no es ni el hambre ni la peste, es más bien aquella enfermedad espiritual, la más terrible, porque es el más terriblemente humano de los azotes, el gusto por vivir.

En 1950 el filósofo francés Gabriel Marcel decía que la vida no es amada, porque se ha roto el enlace nupcial entre el hombre y la vida.

FELICIDAD Y SENTIDO DE LA VIDA

En 1960 el psiquiatra V. Frankl nos decía que la primera motivación del hombre no es el instinto de placer, ni el afán de poder, sino la voluntad de encontrar un sentido a la vida. Si se carece de sentido no es posible la salud mental, ya que el sentido es lo más humano, lo verdaderamente humano. El sentido último de la vida es el más fuerte de todos, porque pertenece al tejido mismo de nuestra alma.

Estos testimonios nos ayudan a descubrir el verdadero rostro de la vida humana y su sentido, tantas veces oculto y velado y, como peregrinos, sabemos a dónde nos dirigimos y que no caminamos solos, ni estamos abandonados a la soledad: «quédate con nosotros, la tarde está ya en caída» (discípulos de Emaús).

La vida humana es, pues, deseo proyectivo desde su brote existencial, es transparente en sí misma y, como dice J. Marías, realidad dramática, personal y circunstancial en la medida que apunta hacia un más allá de toda inmanencia, remitida inexorablemente a la trascendencia, la condición misma de la vida.

De todo esto poco nos pueden decir las ciencias empíricas, se «les escapa, decía Ortega, como el agua en una canastilla». En ellas la vida no puede anidar, no pueden hablar de valores, fines, metas, sentido; no es buena anfitriona.

Sin embargo, las grandes creaciones artísticas nos revelan la verdad última de la realidad, su plenitud de sentido y nos apelan a una actitud creadora más allá de nosotros mismos. «La música de Bach, decía el filósofo E. Ciorán, es la única cosa que nos hace pensar que el universo no es un fracaso total; sin Bach hubiese sido un nihilista absoluto». Y el poeta y filósofo P. Claudel se sintió *touché* de una gran emoción al escuchar en la catedral de Notre Dame de París el *Magnificat*; se encontró ante un reino de luz, belleza y sentido; a esta experiencia se debe su conversión a la fe católica.

¿Cómo vamos a dar sentido a nuestra vida humana, a nuestra realidad personal, si no sabemos de dónde venimos ni lo que somos?

Estamos en camino y nos dirigimos hacia una meta; e incluso estamos a punto de gritar como Jenofonte: «tharasa, tharasa» (el mar, el mar). Tal vez sea una ilusión, un espejismo; debemos averiguarlo si queremos saber a dónde vamos y buscar un sentido, tenemos que saber primero lo que somos. Max Scheler decía que, cuanto más sabemos del hombre, más problemático se nos vuelve y más lejanos estamos de comprenderlo en su unidad. Al preguntarnos por el hombre nos podemos referir tanto al de la tradición judeo cristiana, «espíritu encarnado», o al de la tradición griega, «animal racional», así como al de la ciencia moderna, «producto final y tardío de la evolución tierra».

Empezamos a saber lo que somos y por tanto podemos hacernos la pregunta por el sentido de su vida y saber cómo, con plena libertad, puede degradarse en las cosas inferiores o regenerarse en las cosas superiores. Asimismo podemos interesarnos por sus orígenes; si su origen es casual, un resultado del azar, entonces no podemos responder a la pregunta de dónde venimos; si por el contrario su origen es causal, tal como lo expresó Leibniz con su principio de «razón suficiente», máxima expresión de nuestro modo de pensar, entonces en el origen de cada realidad personal existe un proyecto inteligente.

Sabemos que el hombre viene de lejos y por ello debemos soñar sus orígenes y que no es un ocaso, ni una pasión inútil, ni está abandonado en el universo. Somos «un espíritu encarnado» y Dios es el fundamento último de mi realidad personal.

El hombre ha sido «creado a imagen y semejanza de Dios» (Génesis); aquí empieza esta bella aventura de la vida humana y, como una buena película o una obra de

Asistentes a las XIII Aulas de Verano del Instituto Emmanuel Mounier.



teatro, tiene interés en función del final. No hay cosa peor que una película con un final desastroso, así como nada más fascinante que un final inesperado.

Todo tiene un sentido, nada existe al azar en la medida que existe un Dios creador: «Bendito seas tú Señor, porque me creaste», las últimas palabras de santa Clara de Asís antes de morir.

El hombre es, pues, un misterio que nos envuelve de tal modo que nos hallamos sumergidos en él, algo en lo que me encuentro comprometido totalmente, es el desfilar por donde pasa toda la realidad. Buceando en sus orígenes se nos ha manifestado como «espíritu encarnado» y por lo tanto creado y en libertad; de ahí su grandeza y sus miserias; unas veces el drama, otras la luz; su aventura oscilará entre «una sociología de las tinieblas» y «una metafísica de la luz» (G. Marcel); «es el ser que ha inventado las cámaras de gas, pero asimismo el ser que ha entrado en ellas con paso firme, musitando una oración» (V. Frankl); «la experiencia de libertad es la audacia del hombre itinerante que libremente sabe a donde va» (E. Mounier).

2. Actitudes negativas: la vida carece de sentido

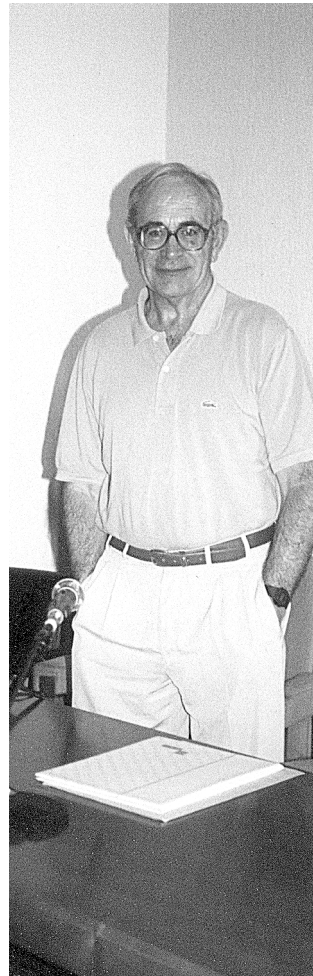
Para Schopenhauer el hombre es la objetivación de una voluntad regida por un impulso ciego e irracional, una eterna insatisfacción que no puede por lo mismo generar dolor por la imposibilidad de verse siempre impulsado a desear lo imposible. Cada biografía es una historia de dolor y desdichas. La única salida de sentido que propone es a través de la obra de arte y la autoaniquilación en el nirvana.

Para Nietzsche el hombre ha sido abandonado a su propia incertidumbre y a la insignificancia de su destino, esta incertidumbre aboca al nihilismo.

Heidegger considera que la angustia es un constitutivo existencial de todo hombre que en algún momento de su vida se pregunta por el sentido y el valor de su existencia. Para él, el hombre se ve, por una parte, arrojado a la existencia y, por otra, se encuentra irresistiblemente abocado a la muerte que amenaza con hundirnos en la nada; de ahí los motivos de su angustia.

Sartre concibe al hombre en la más radical contingencia; es la sin razón de todo lo existente. Todo está sin motivo alguno, todo está de sobra. Somos un montón de existencias incómodas; no tenemos la mínima razón que justifique nuestra existencia ni la de los demás. La conciencia trágica de que vengo de la nada y voy a la nada produce la náusea ante la existencia.

Para las corrientes neopositivistas lo mejor es olvidar de las grandes preguntas y de los principios metafísicos, ya que lo único que pueden aportarnos, en lo refe-



José Seco.

rente al sentido de la vida, es complicarnos la existencia. Esta filosofía intenta liberar al hombre de los compromisos y riesgos existenciales y les invita a instalarse en la finitud.

Para el materialismo histórico no existe un más allá de la muerte personal, por lo tanto el sentido de la vida habría que buscarlo en el advenimiento del soñado «paraíso comunista» que alucinó en otra época a tantos corazones.

Este hombre encerrado y apegado a la posesión es el más vulnerable a las llamadas enfermedades del alma; testimonios de hombres eminentes no faltan a la hora de corroborar este diagnóstico; citemos algunos:

Hans Küng (teólogo) afirma que la neurosis es la característica de nuestro tiempo y la causa no es ya la represión de la sexualidad y la culpa, sino la falta de sentido, de orientación, de significado.

FELICIDAD Y SENTIDO DE LA VIDA

V. Frankl (psiquiatra) ha diagnosticado que la causa primera y principal de los desequilibrios psicológicos de nuestra sociedad no es la represión sexual, ni el complejo de inferioridad, sino el abismal complejo de falta de sentido acompañado de un sentimiento de vacío existencial.

G. Marcel (filósofo) considera que esta resistencia a encontrar la unidad profunda del ser y la dignidad de la persona humana como sagrada, es lo que mantiene al hombre actual adherido a la tierra; este hombre terrestre ha perdido el rumbo, el sentido, es decir, la conciencia de su condición itinerante.

3. ¿Cómo dar sentido a nuestra vida como personalistas comunitarios?

¿Qué hacer para que el hombre se ponga en camino, rompa el cerco a lo que le tiene atado? Lo que H. Bergson llama «les nourritures terrestres», la posesión, ¿cómo actuar para que se abra a la profundidad del ser, se convierta en peregrino en busca de su verdadero destino y vuelva a la casa natal, fiel a sus orígenes?

H. Bergson apela a la acción de lo que llama los grandes héroes, los profetas de nuestro tiempo; tal vez no sean muchos, pero son los únicos capaces de orientarnos y provocar en nosotros la admiración y el asombro.

Más que doctrinas necesitamos testigos que nos posibiliten la vuelta a la alegría de vivir, «la alegría que, como dice M. Hernández, nos hace libres, nos da alas, la que nos quita soledades» y que debe poseer todo hombre itinerante.

Necesitamos en esta travesía llevar con nosotros «el arma de los desarmados» (G. Marcel), la esperanza, que ha dado siempre sentido a todas las utopías sociales y ha intentado aliviar las angustias del ser humano.

Con estos supuestos y con la idea de que todo militante es «la donación de la propia existencia en favor de lo que cree» (Carlos Díaz), el militante del Instituto E. Mounier necesita plantearse con claridad cómo debe de actuar;

Sugerimos los siguientes compromisos:

1. Hacer un proyecto concreto denunciando todo lo que degrade la dignidad de la persona humana, teniendo presente que todo proyecto debe de ser comunitario y que el individualismo conduce, no sólo al fracaso, sino también al egoísmo.

2. Necesita alcanzar una preparación intelectual, moral y espiritual, no ya para resistir a las tentaciones de lo inhumano a las que tantas veces sucumbimos, sino porque ser un «buen samaritano» y liberar a los oprimidos entraña muchos peligros que, como dice Platón, sólo podrán vencer los que se hayan acercado al Bien, a la Belleza y a la Justicia.

3. Debe de estar atento al acontecimiento y a los signos de los tiempos.

4. Tiene que evitar ceder al conformismo y al cómodo optimismo de que todo acabará por arreglarse; ello requiere estar permanentemente vigilantes.

5. Facilitar el diálogo de personas provenientes de otras culturas y civilizaciones, evitando la confrontación, requiere por nuestra parte asumir una metafísica de la acogida.

6. Comprometerse en clarificar el sentido de nuestra existencia personal, tanto en nuestra plenitud de ser, como en su deficiencia ontológica: la traición, el sufrimiento, la muerte, la desesperanza.

7. Reaccionar con vigor contra todas aquellas tendencias filosóficas o ideológicas que pretenden expulsar de los límites de la esfera racional toda metafísica de la persona y de la trascendencia.

8. Luchar contra la inversión de valores, contra la pérdida de sentido de la realidad; de ahí la urgencia de una filosofía realista que haga una síntesis entre la materia y el espíritu; para ello hay que estar convencido de que sólo Dios nos hace razonables.

9. Un militante del Instituto Emmanuel Mounier debe ser como los árboles que mueren dando frutos a sabiendas que «por encima de la felicidad existen otros valores, como la libertad, la justicia, el amor y la amistad» (P. Bruckner); siendo así, contra la euforia de ser feliz, «debemos ser dignos de la felicidad» (C. Díaz).

10. Estar convencido de que «sólo puede recibir el calificativo de bueno, el que lucha por la justicia» (J. L. Aranguren).